

EL IMPERIALISMO BRITANICO

No deja de ser interesante el espectáculo que estamos asistiendo desde hace tres años, cual es la lucha entre los capitalistas para explotar a la Humanidad, singularmente entre dos grupos capitalistas: el británico y el francés. Ello constituye una comedia interesante para todas las masas humanas y estas no sirven de peones—o sea de carne de cañón y de sufrimientos—a unos jugadores inveterados que son los manipuladores de capitales. La lucha ha tenido fases diversas.

En noviembre de 1918, la caída del imperialismo alemán arrastró la del capitalismo de dicho país como compendio al mercado mundial. Es un error suponer que el capitalismo potencia capitalista no existe si no va unido al poder imperialista. El ejemplo de Alemania lo demuestra. El poderío capitalista puede existir independientemente del poderío imperialista. Sea de ello lo que quiera, al terminar la primera parte de la guerra mundial—aún estamos en ella—el capitalismo británico pareció ser el amo. Parecía que este dominaba al capitalismo francés, y el capitalismo americano callaba, por lo menos desde el punto de vista imperialista; del imperialismo japonés apenas se hablaba.

El Tratado de Versalles fue una paz británica. Al capitalismo francés le dejaron algunos mendrugos. La operación se hizo gracias a los servidores que la Gran Bretaña capitalista tenía entre los dirigentes franceses. Pero en realidad, el grupo capitalista francés había sido bien servido por sus dependientes gubernamentales, porque los mendrugos lo eran más en apariencia que en realidad. Podían convertirse en un gran pedazo si Francia—el capitalismo identifica siempre a la nación, al pueblo, con el mismo para engañarle mejor—podía poner mano sobre el Ruhr. Y nuestros capitalistas franceses contaban con ello en un tiempo más o menos próximo.

El capitalismo británico se creyó dueño del mundo. Poseía todo el próximo Oriente asiático, con el reino árabe, la Mesopotamia, la República sionista. Puso mano sobre Constantinopla; empujó y sostuvo a Grecia en sus deseos de conquista, lo mismo reñando Venizelos que después de restablecido Constantino en el trono; puso la mano sobre Georgia, no desde el punto de vista político, sino desde el punto de vista económico. Y para el Gobierno socialista moderado de Georgia era el único modo de subsistir, de tener relaciones amistosas con Occidente y de administrar lo mejor posible el país. Puede leerse acerca de este asunto un libro interesante, «La democracia georgiana», de Wladimir Woytinsky. El capitalismo británico codiciaba Bakú, el centro petrolífero de la región, lo mismo que había codiciado Mosul. Practicaba, en suma, lo que se ha llamado la política del petróleo.

Para tener las manos libres en el Cáucaso era menester anular al Gobierno ruso, dividir a Rusia. Y entonces los aventureros reaccionarios, generales y almirantes, fueron subvencionados en el Norte, en el Sur, en Siberia. La caballería de San Jorge marchaba. El capitalismo francés era el aliado del capitalismo británico para los asuntos rusos. La destrucción del Gobierno bolchevique servía su política. Desgraciadamente para nuestros capitalistas occidentales, el Gobierno bolchevique quería vivir, tanto en virtud del principio biológico de que todo lo que se mantiene tiende a perpetuarse, como porque sus gobernantes eran en su mayor parte ideólogos. Eran jóvenes—el término medio de la edad de los dirigentes rusos es menor que el de los dirigentes británicos y franceses—, y debían, por consiguiente, triunfar de los viejos. Es la ley de la vida. Y triunfaron. No es esto decir que su triunfo fuera íntegramente el de su ideología; la vida los obligó a compromisos con su ideal. Una sociedad nueva no se crea ni llega a la edad adulta en algunos meses o en algunos años. Si su triunfo fue atenuado, no por eso dejaron de obligar al capitalismo británico a abandonar su sueño de poseer el Cáucaso y la ruta Báltico-Golfo Pérsico. Ayudaron a los nacionalistas turcos, y, en suma, la política rusa hizo fracasar en toda Asia el imperialismo británico, contra el cual habíanse alzado, en el seno mismo del Imperio, los nacionalismos irlandés, egipcio, indio. Luego, en Extremo Oriente, el capitalismo japonés iniciaba la lucha por su parte, con la mirada puesta en la Siberia oriental, en la China; pero contra él se alzaban los nacionalismos coreano y chino, el bolchevismo ruso, el sindicalismo y el socialismo japonés, y por último, su competidor directo, el capitalismo americano. La lectura de dos recientes obras de M. Feliciano Challaye, «La China y el Japon políticos» y «El movimiento obrero en el Japon», aclara todo el movimiento de Extremo Oriente y muestra cómo todo cuanto ocurre allí repercute sobre lo que sucede en Europa. Siempre la ley de la solidaridad.

El capitalismo británico, que imaginaba tener ganada la partida, después de la eliminación de su contrincante directo de antes de la guerra, el capitalismo alemán, observó que la había perdido. Con su habilidad tradicional, inició un cambio de táctica. Abandonó su política antirrusa, trató con los bolcheviques, pactó con los irlandeses, entabló negociaciones con los nacionalistas egipcios, hizo concesiones a los indios. Vió que el derrumbamiento económico de Alemania le perjudicaba a ella misma, que su propia industria y su propio comercio padecían mucho con ello. Y entonces cambió su política con respecto a la Europa central. De antiguo enemigo del capitalismo alemán trocóse en aliado, y el enemigo vino a ser el capitalismo alemán, que por otra parte había hecho todo lo posible por llegar a este resultado.

El cambio de política que los dirigentes británicos han realizado desde fines de 1918 prueba su habilidad táctica, su arte de los compromisos. Hay aquí un efecto de una influencia muy curiosa: la de los deportes, de los juegos. La resistencia del inglés se ejerce al máximo posible «antes» de llegar al punto de ruptura. Nunca el inglés tira de la cuerda hasta que se rompe, como suele hacer generalmente el capitalista francés. Y ocurre así porque éste no se dedica casi más que a un deporte: la caza. El otro se dedica más al deporte de la pesca del salmón. Cuando el pez está enganchado, es menester atraerle, y para ello hace falta cansarle, sin que la cuerda se rompa, porque si no se escaparía el salmón. Aplíquese las tácticas diferentes de la caza y de la pesca en el orden político y en el económico, y se tendrá la explicación de las diferencias tácticas de las políticas de los dirigentes de Inglaterra y de Francia, pudiéndose deducir las líneas generales de ambas políticas.

Agustín HAMON

LA INTERNACIONAL DE VIENA

Hacia un frente único del proletariado

A los partidos de trabajadores de todos los países

En Berlín se ha reunido el Directorio de la Unión de Partidos Socialistas y ha deliberado acerca del siguiente tema: la unidad de acción del proletariado universal. El resultado de dicha reunión ha sido el documento que a continuación publicamos:

Las imposiciones de la paz imperialista han extendido y acentuado la miseria provocada por la guerra mundial. En los países derrotados se produce una progresiva desvalorización de la moneda, y, a pesar del más intensivo trabajo, un empobrecimiento progresivo. En los países triunfantes, como en los neutrales, aumenta sin cesar la falta de trabajo.

Las dificultades económicas ante las cuales se encuentra el proletariado de todo el mundo han hecho nacer en los partidos proletarios de todas las tendencias la voluntad de unificar internacionales, en los límites posibles, las acciones de la clase trabajadora. A este deseo de todo el proletariado debe ser el de concentrar la fuerza de la clase trabajadora en acción solidaria para el vencimiento del orden social capitalista.

Entretanto, os ponemos en conocimiento nuestras resoluciones y propuestas, y os rogamos nos comunicéis prontamente si vuestro Partido está en principio de acuerdo con ellas, y os saludamos con el espíritu de la solidaridad internacional.

Berlín, 15 de enero de 1922.—La Oficina de la Unión Internacional de Trabajadores de los Partidos Socialistas.

La extradicción de Nicolau

Cuando, según todas las informaciones oficiales, más o menos influenciadas por la Dirección de Seguridad, desde hace muchos días iban a desembarcar de un momento a otro en el puerto de Vigo Nicolau y su compañera, entregados por el Gobierno alemán a la policía española, ahora resulta que el asunto no está resuelto y hasta que es probable se resuelva en sentido contrario al de los saboteadores que siempre van husmeando carne humana.

Véase lo que dice el «Berliner Tageblatt», diario que nadie tachará de comunista y que nosotros calificamos de perfectamente burgués y reaccionario:

«La cuestión de la extradicción de los subditos españoles detenidos en esta capital, bajo la inculpación de ser autores o cómplices de la muerte del Sr. Dato, quedará resuelta estos días por el Gobierno de Prusia».

En la decisión que tome dicho Gobierno, sólo podrá influir la cuestión de Derecho, no pudiendo, por tanto, influir en ella consideración política alguna ni el sentimiento de horror causado por el asesinato.

El Tratado de extradicción hispano-alemán no prevé la extradicción sino para el caso de asesinato del Soberano, o sea del Rey o Presidente de la República, pero no para el caso del asesinato del presidente del Consejo.

Opinamos, por tanto, que si se centesta afirmativamente sobre si se trata o no de un asesinato político, no por eso podrán ser entregados los culpables si se trata de un crimen anárquico, pues el referido Tratado hispano-alemán no prevé la extradicción para un caso así».

El control sindical

La falta de espacio nos priva de dar hoy la información relativa a la interesantísima conferencia que con el tema que sirve de epígrafe a estas líneas dió ayer tarde en la Casa del Pueblo el compañero Largo Caballero.

El acto tuvo un éxito extraordinario, por la numerosa concurrencia, por el interés con que se escuchó al conferenciante y por los importantes datos que éste dio, relativos al tema del control sindical, capital reivindicación del proletariado, que hay que levantar como bandera de toda propaganda obrera.

Mañana, que EL SOCIALISTA constará de cuatro páginas, publicaremos el extracto de dicha conferencia.

LA LEY DE ACCIDENTES

del trabajo se publicará íntegra en EL SOCIALISTA del martes de la próxima semana. Los pedidos, a nuestra Administración.

EN EL INSTITUTO DE REFORMAS SOCIALES

Los propósitos de sindicación obligatoria han fracasado

TERCERA SESION

Al terminar ayer nuestra información de la segunda sesión plenaria del Instituto de Reformas Sociales hacíamos constar que serían importantes las deliberaciones de la siguiente reunión, celebrada ayer tarde, y en la que había de entrarse a fondo en problema tan interesante como el de la sindicación profesional, tema traido a debate no muy de frente, y con determinados propósitos, por la representación patronal, mejor dicho, por el célebre señor Graupera, apoyado humildemente y modestamente por su digno compañero el señor Junoy. Y como indicábamos, nuestro compañero Largo Caballero, en nombre de la representación obrera, saliendo al paso de tal maniobra y poniéndose diligentemente ante ella, en la tarde de ayer la ha hecho fracasar ruidosamente, hasta el punto de que el propio señor Graupera ni siquiera se ha atrevido a plantear abiertamente una discusión de fondo acerca del asunto.

Pero omitamos todo comentario, para aprovechar el poco espacio de que disponemos, pues sin duda otro día volveremos sobre este asunto, que merece ser tratado más ampliamente, y citámonos a una somera información de lo ocurrido en la sesión de ayer.

La presidencia, después de dar lectura a informe de nuevas mociones que han sido presentadas a discusión, concede la palabra al señor Martín Alvarez, quien en nombre del Consejo de Dirección contesta al dictamen de la Comisión de Memoria, que en la sesión anterior comunicó a discutirse.

Recoge los tres puntos a que se refiere la Ponencia, esto es: cuentas, cumplimiento de la real orden de 3 de enero de 1921 (presentación de los proyectos de contrato de trabajo, sindicación profesional y entidades que han de intervenir en dicho asunto) y forma de redactar la Memoria, y con tal motivo hace una amplia información de los trabajos realizados por el Consejo de Dirección acerca del contrato de trabajo y lo ocurrido en cuanto a la sindicación profesional, proyecto que dice se ha demorado su redacción para después de terminado el de contrato de trabajo. Justifica que el Consejo de Dirección no ha podido hacer más labor que la realizada, que ha sido mucha, aun cuando no haya sido posible traer al Pleno dicho proyecto de ley.

El señor Salillas, en nombre de la Comisión, contesta que ésta no ha dirigido censura alguna al Consejo de Dirección; se ha limitado a hacer consideraciones, fundadas en la falta de elementos de juicio, dejando al Pleno íntegramente toda resolución. Y que dichas consideraciones de la Ponencia han sido acertadas y demuestran las explicaciones dadas en la sesión anterior por el señor Posada, y en ésta por el señor Martín Alvarez, que son admirables elementos de conocimiento ante el Pleno, de los cuales carecía la Ponencia por no hallarse expresados en la Memoria.

El señor Graupera, después de mostrarse conforme con las manifestaciones del señor Salillas y agradecer las explicaciones del señor Martín Alvarez, dice que no ha habido propósito de censurar al Consejo de Dirección.

El compañero Caballero hace constar que suscribe las manifestaciones del señor Martín Alvarez, hechas en nombre del Consejo de Dirección, salvo en lo relativo a la sindicación forzosa, pues en contra de lo manifestado por dicho señor, el Consejo, ni ha discutido tal asunto ni, por tanto, se ha comprometido a traer ningún proyecto relativo a ello. Y como esto es el nervio del asunto que se debate, asunto que es traido de manera indirecta por determinados elementos patronales, por eso manifiesta, en nombre de la representación obrera, que para tratar a fondo el problema de la sindicación profesional se ha presentado una enmienda al dictamen.

La representación obrera estima que no es procedente la redacción de tal proyecto, pues ello entraña un problema profundamente político, que el Instituto no puede aceptar, por ser de responsabilidad exclusiva para el Gobierno.

Desde luego, manifiesta que el Pleno podrá formular el juicio que estime oportuno acerca de una ley de sindicación profesional; pero que la representación obrera no está dispuesta a discutir el articulado de proyecto semejante. Pone de manifiesto que existiendo en España una ley de Asociaciones, en la cual caben ampliamente todos los aspectos de la sindicación, ley que desde hace tres años tienen en completa vejación los Gobiernos, a causa de la permanente suspensión de garantías, sería verdaderamente ridículo que nos entretuviéramos en redactar un proyecto de sindicación profesional, ya fuera obligatoria o voluntaria, pues dicho proyecto, además de inoportuno, sería contraproducente.

En párrafos llenos de energía y elocuencia hace constar Caballero que los obreros no quieren protección, sino liberación, colaborar en la producción y en la dirección de la industria, y para unos fines se constituyó el Instituto de Reformas Sociales, y para eso «ya aquí

la representación obrera. Pero si se pretende regular, en sentido restrictivo, el derecho de asociación, los trabajadores organizados no podemos admitirlo. Y el Instituto no realizará la función para que fue creado: la de obtener, sin grandes violencias, las justas aspiraciones del proletariado.

Caballero termina su admirable discurso—que ha sido escuchado con sumo interés por todos los señores vocales—manifestando que el asunto es muy importante, y que sólo compete al Pleno, y en manera alguna al Consejo de Dirección, formular opinión acerca del asunto; pero que si el Instituto quiere llenar los fines para que fue creado, es decir, los de avanzar constantemente en la legislación social, debe pronunciarse en contra del pretendido proyecto de sindicación profesional, pues de lo contrario cederá a la tradición, toda la historia y toda la eficacia de este organismo.

El señor Junoy, también miembro del Consejo de Dirección, suscribe lo dicho por el señor Martín Alvarez, y añade que debe traerse el proyecto de sindicación al Pleno para que éste lo discuta.

El compañero Núñez, después de suscribir lo dicho por el señor Salillas, se ve obligado a rectificar algunas afirmaciones del señor Graupera. La representación obrera en la Comisión no pudo reconocer la conveniencia de traer el proyecto de ley que pretendían los patronos por cuanto en la Comisión se negó en absoluto a discutir tal asunto, tanto por que no era de competencia de la Comisión, por cuanto que a una indicación del señor Graupera, Núñez le contestó que existía la ley de Asociaciones, y, por tanto, los obreros no podían hablar del proyecto de sindicación.

El compañero Núñez solicita del señor Salillas que diga si esto es exacto, y éste asiente. Tampoco puede aceptar Núñez la interpretación que el señor Graupera da a otro apartado de la Ponencia, pues aun no estando conforme la representación obrera con la constitución actual del Instituto—cosa que manifestó pública y reiteradamente cuando se hizo la reforma—, no puede aceptar el caso concreto planteado por dicho patrono, respecto de que se reuniera el Pleno para tratar de la Conferencia de Ginebra, ya que en tal Asamblea internacional no tiene representación el Instituto de Reformas Sociales.

Caballero, recogiendo las manifestaciones de los señores Martín Alvarez, Graupera y Junoy, señala la contradicción que existe entre ellos, y dice que se pongan de acuerdo acerca de si ha de ser el Pleno o el Consejo de Dirección quien ha de acordar la redacción del pretendido proyecto. Ratifica sus afirmaciones anteriores, relativas a la posición decidida de los obreros organizados contra tal proyecto y de que el Instituto no puede mermar los derechos ya conquistados por el proletariado. Y lo que se pretende por algunos patronos va hasta contra el artículo 13 de la Constitución.

El compañero Martínez Gil, también del Consejo de Dirección, rectifica lo manifestado por el señor Junoy acerca de los acuerdos recaídos, y dice que la pretensión patronal, cuando se puso a debate, fue rechazada terminantemente, y no esplazada. Por tanto, el Consejo de Dirección no tiene por qué redactar tal proyecto de ley.

El señor Aznar estima que la discusión va desordenada, y como cree haber entendido que la representación obrera ha presentado una moción acerca del asunto, y que es ésta la que se está discutiendo, sin haber pasado a la Comisión de Mociones para que emita dictamen, pide que se suspenda la discusión y se aplazase por veinticuatro horas, pues el debate que se ha de desarrollar va a ser muy importante, y es preciso estudiar la cuestión.

La presidencia le entera de que no se trata de una moción, sino de una enmienda, y, por tanto, no procede lo que propone el señor Aznar, pues lo que se está discutiendo es el dictamen de la Memoria.

Intervienen Caballero y los señores Salillas y Rodríguez Viguri acerca de este incidente de discusión.

El señor Junoy contesta al compañero Martínez Gil, insistiendo en que el asunto debe traerse al Pleno con todos los antecedentes de información que tiene el Consejo de Dirección y cuando éste haya terminado su labor.

El señor Graupera, después de decir que el proyecto lo pidió el ministro, pretende demostrar, con la lectura de unos artículos del real decreto reorganizador, que el Instituto debe redactar el tal proyecto.

yecto. Y como los preceptos leídos no consolidan su argumentación, añade que lo reclaman los intereses de la producción y de la patria. Y entonces si que obtiene el señor Graupera el mayor éxito de la tarde.

Caballero le contesta que, aunque lo mande el ministro, el Instituto no está obligado a redactar un proyecto de ley si no lo estima conveniente. Y este organismo ya tiene antecedentes. Recuerda que en el año 1919, siendo ministro de la Gobernación el señor Burgos Mazo, se encargó al Instituto la redacción de un proyecto de ley, precisamente acerca del mismo asunto que hoy se debate. El Instituto se negó a cumplir tal mandato, por estimar que era inconveniente, y así se lo hizo saber oficial y personalmente al ministro el entonces presidente de la Corporación, añadiendo que mientras el estuviera al frente del Instituto, tal proyecto de ley no se elaboraría.

Y es que los vocales del Instituto no son subalternos del ministro, sino representantes libres de determinados intereses y principios, que están obligados a defender tan honrada como lealmente en todo momento. Y eso es lo que ha hecho y hará siempre la representación obrera.

Recoge lo de la patria y la producción, y sobriamente contesta a Graupera, diciéndole dónde están los buenos y los malos patriotas, y en qué consiste la lucha de clases, cosa reconocida hasta por las disposiciones oficiales constitutivas del Instituto, y en virtud de la cual precisamente está presente la representación obrera.

Después intervienen brevemente los señores Gabilán, Junoy y Maluquer, y el señor Rodríguez Viguri manifiesta que para concretar la discusión convendría ver si se aprobaba el dictamen de la Memoria, ya que habiendo estado unánimes todos en que dicho dictamen no pretendía entrar en el fondo de la cuestión que se debate, podría hacerse una breve aclaración al texto del mismo, aclaración que podría quedar hecha suprimiendo las palabras «en discusión».

El señor Salillas dice que se acepta la enmienda del señor Rodríguez Viguri.

Caballero manifiesta que como ello suponga una y terminantemente no hay compromiso alguno para el Consejo de Dirección de traer el pretendido proyecto de sindicación, acepta la enmienda del señor Rodríguez Viguri.

Inmediatamente, y por unanimidad, queda aprobado el dictamen de la Comisión de la Memoria del Consejo de Dirección.

Seguidamente Caballero hace constar que, aprobada la ponencia, queda, consiguientemente, retirada la enmienda a la misma. No obstante, tiene que decir que la representación obrera mantiene su posición, manifestada en el debate, aunque ya no tiene interés alguno en seguir discutiendo la cuestión. Pero que si los patronos estiman conveniente plantear el asunto, están a sus órdenes.

El señor Graupera hace constar que no puede hablar en nombre de la representación patronal porque no tiene instrucciones concretas para el caso, por lo que no tiene interés alguno en continuar el debate; pero que se reserva el derecho a plantearlo en la ocasión que crea oportuna.

Y el asunto queda terminado, hasta con sorpresa para algunos, que momentos antes estimaban que había discusión para mucho tiempo, según había prometido don Severino Aznar.

Pero la huida de ayer tarde del señor Graupera—que pudo convenirse de que la partida estaba completamente perdida—dejó el campo libre y el tiempo dispuesto para otras discusiones.

Ignoramos si los señores Graupera y Junoy volverán a plantear nuevamente el problema de la sindicación forzosa. Lo que afirmamos, tanto para que lo sepan ellos, como para que se enteren ciertas autoridades de Barcelona y determinados ministros, que ayer recibió el golpe definitivo esta maniobra de la sindicación.

El fracaso ha sido tan absoluto como general, señor Martínez Anido.

La Conferencia de Ginebra

SE PRONUNCIARA HARDING CONTRA EL MILITARISMO

El corresponsal de la «Chicago Tribune» en Washington informa que la alta Comisión presidida por el ministro de Comercio Herbert Hoover ha hecho conocer los principios que emite como necesarios para la estabilización de los cambios, y que parece ser la actitud que va a tomar el presidente Harding ante los problemas económicos europeos. La Comisión estima que los Estados Unidos deben abstenerse de participar en la Conferencia de Ginebra si los Gobiernos europeos no aceptan las condiciones siguientes:

Apoyar la reducción del papel moneda; equilibrio de los presupuestos; ajuste de las reparaciones que debe Alemania a su capacidad de pago; reducción de los gastos militares, responsables en gran parte de la inflación. La estabilización de los cambios no es posible mientras dure la inflación en Europa, consecuencia del desequilibrio de los presupuestos, de los gastos inútiles que causa la no reglamentación de las deudas alemanas, el mantenimiento de los ejércitos y el aumento de las deudas.

Es absolutamente necesario hacer entrar a Alemania en la vida económica del mundo, limitando su deuda a su capacidad de pago, y más urgente aún la reducción de los armamentos.

MAÑANA
EL SOCIALISTA constará de
CUATRO PAGINAS
e insertará interesantes artículos
e informaciones de actualidad.

